

Cuentos De Verano

-1-

Autor: Chema Contreras (José Manuel Contreras)

Ilustradora: Noemí Contreras

Cuentos
De Verano

-1-

Cuentos
a orillas del
río Cigüeñuela

Chema Contreras José Manuel Contreras)

© *Chema Contreras (José Manuel Contreras de Lucas)*

Correo electrónico: cuentosaorillasdelrio@josemcontreras.es

<https://www.josemcontreras.es>

Twitter: @TxemaContreras

© Ilustradora: Noemí Contreras

Junio 2018

Dedicatoria

Quisiera dedicar estos cuentos a todos los abuelos y abuelas que trasladan su sabiduría, conocimientos, experiencia y cariño a sus nietas y nietos.

Creo que la figura de estos mayores es fundamental; imprescindible diría yo, para el desarrollo de esos pequeños y pequeñas que sueñan con un mundo maravilloso que todos debemos ayudar a construir y mantener.

Algunos de nosotros puede que no tengamos hijos o hijas, o que no tengamos nietas o nietos; sin embargo, todos hemos tenido abuelos y abuelas. Unos tuvieron la suerte de disfrutar de ellos; otros, no tuvimos la misma suerte, pues partieron antes de nacer nosotros, pero quizá tuvimos la fortuna de que alguien nos hablase de ellos.

Para todos los abuelos y abuelas; para todas las nietas y nietos, mi admiración y cariño.

El Autor

Índice

<i>El río Cigüeñuela</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Las Tierras del Polo</i>	9
<i>La concha mágica</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>El Monte de la Atalaya</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Actividades</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>“Cuentos de Verano –1–</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Actividades El río Cigüeñuela</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	
<i>Busca palabras después de la lectura.</i>	<i>¡E</i>
<i>rror! Marcador no definido.</i>	

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Haz un dibujo.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela

¡E

rror! Marcador no definido.

Sopa de letras después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Ayuda a Josema a escribir versos.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades Las Tierras del Polo

¡E

rror! Marcador no definido.

Encuentra sinónimos después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Continúa tú la aventura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades La concha mágica

¡E

rror! Marcador no definido.

Descubre la frase.

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Julio te propone hacer dos acrósticos.

¡E

rror! Marcador no definido.

Actividades El Monte de la Atalaya

¡E

rror! Marcador no definido.

Preguntas a responder después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Completa las frases, después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Busca palabras con tilde, después de la lectura.

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones El río Cigüeñuela

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones Ramón y sus amigos del río Cigüeñuela

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones Las Tierras del Polo

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones La Concha Mágica

¡E

rror! Marcador no definido.

Soluciones El Monte de la Atalaya

¡E

rror! Marcador no definido.

Las Tierras del Polo

Aquella noche mi abuelo me prometió, que a la mañana siguiente iríamos a la dehesa a ver a los terneros que nacieron la semana pasada y, después, me llevaría a conocer las Tierras del Polo.

No pegué ojo en toda la noche. ¡Las Tierras del Polo! Siempre había oído hablar de ellas a las gentes del pueblo y contar todo tipo de historias, pero nunca las había visto.

A la mañana siguiente, en cuanto oí ruido en la habitación de mi abuelo, me levanté de un salto, me lavé la cara. Bueno, un poco como lo hacen los gatos. Me vestí, y me senté en la cocina a esperar que apareciera mi abuelo. A los diez minutos, que se me hicieron los más interminables de la historia, entró mi abuelo en la cocina.

—Buenos días, Josema. Pues sí que te has levantado temprano. Hoy no se te han pegado las sábanas. Ya te has vestido; te has lavado; te has peinado; y hasta has preparado la mesa para el desayuno.

—Buenos días, abuelo. Es que no he podido dormir en toda la noche. Estaba nervioso con la excursión a las

Tierras del Polo. Nunca me has querido decir dónde están y por qué las llaman así.

—No seas impaciente. Cada cosa tiene su momento en la vida, y según vayas creciendo aprenderás y entenderás muchas cosas. Ten paciencia.

—Es muy fácil decirlo para ti, abuelo, pero sabes que tengo mucha curiosidad por saber y aprender cosas nuevas.

Enseguida terminé mi desayuno, porque sólo me bebí un tazón de leche de las vacas de mi abuelo. Pero me dijo, que si no me tomaba la tostada con aceite y mermelada, y el zumo que me había preparado, no iríamos a las Tierras del Polo.

De manera que, ya os lo podéis imaginar, mi abuelo no había terminado de hablar, cuando la tostada y el zumo ya estaban dentro de mi estómago, haciendo compañía a la leche del tazón.

Salimos de casa y nos encaminamos a la dehesa para ver a los terneros y a sus mamás, pero la verdad, hoy me importaba muy poco ir a verles, yo sólo quería llegar a esas misteriosas tierras. No habíamos pasado ni tres minutos con los terneros y ya me comía la impaciencia.

—Ya hemos visto a los terneros, y están muy bien ¿Nos podemos ir, abuelo? Quiero llegar ya.

—Ya llegaremos, Josema. Disfruta viendo cómo juegan los teneros; cómo corretean; cómo vienen a vernos; cómo saltan; cómo juegan entre ellos. Observa las cosas mientras caminas, aprenderás mucho. Lo bonito de ir a un lugar, y lo interesante, lo encuentras durante el viaje, y no al final del camino.

Mi abuelo tenía razón, pero yo sólo quería llegar. Desde la dehesa tomamos un camino, entre zarzas, que bordea el pueblo y enseguida nos desviamos por otro camino que nos alejaba en dirección a las montañas. Este camino estaba escoltado por unos árboles muy altos, tan altos, que cerraban sus ramas sobre nuestras cabezas. Si mirabas hacia arriba sólo veías el verde de las hojas de aquellos árboles tan grandes y, a duras penas, podía verse el azul del cielo.

—Desde hace muchos, muchos años —empezó a contar mi abuelo sin que yo dijera nada—, y como el pueblo está tan cerca de las montañas, todos los inviernos nieva mucho y deja los campos blancos, muy blancos y helados hasta la llegada de la primavera, cuando toda parece despertar, de nuevo, después de unos meses de sueño. Uno de aquellos inviernos, como todos los inviernos, llegó de tierras lejanas el Duende del Frío y lo cubrió todo con un manto blanco y helado.

Sin que nadie supiera por qué razón, el Duende del Frío decidió quedarse en la única tierra que tenía una

familia muy pobre de este pueblo. La tierra daba muy poco, pero era lo único que tenían. No tenía agua para regar y estaba llena de piedras, de espinos, y de malas hierbas que asfixiaban lo poco que allí se podía plantar.

Con la llegada de la primavera todos los campos empezaron a florecer y a llenarse de colores, Todos, menos la tierra en la que decidió quedarse el Duende del Frío, que aún se mantenía cubierta por un grueso y frío manto blanco.

Las gentes del pueblo decidieron entonces llamarlas Tierras del Polo. Así pasaron varios años, y nadie se explicaba por qué seguían nevados aquellos campos, invierno tras invierno; verano tras verano; primavera tras primavera.

Enseguida se corrió la voz, por toda la comarca, de que aquellos campos estaban embrujados. Que algún elfo, o alguna bruja los había hechizado.

Algunos atrevidos que se acercaban a las Tierras del Polo contaban, que se podían oír terribles gritos y lamentos que eran capaces de helarte el corazón.

Incluso había gentes que aseguraban haber visto horribles sombras oscuras corriendo sobre la blanca nieve.

Ni con la llegada del más cálido de los veranos se podía derretir el blanco y helado manto que cubría aquellas tierras.

Ese año, como desde hace unos años atrás, la nieve y el hielo ocultaban aquellos campos. Pecas, que era como llamaban en el pueblo a la hija menor de los dueños de aquellas tierras (porque tenía todo su lindo y blanco rostro lleno de diminutos lunares del color dorado como el trigo), no sabía que aquella mañana sería, posiblemente, la más importante de su vida.

La noche anterior, mientras estaba en la cama, había escuchado cómo sus padres hablaban de que tendrían que marcharse del pueblo; del pueblo donde había nacido ella y sus cinco hermanos; del pueblo donde habían nacido sus padres, y los padres de sus padres. Las tierras no eran buenas, pero era lo único que tenían y, aunque daban poco, conseguían sacar el suficiente dinero para mantener a sus hijos. Y así se quedó dormida.

Aquella mañana, Pecas, sin apenas desayunar salió de su casa y se puso a caminar pensando en lo que había oído aquella noche, y dándole vueltas intentando averiguar de qué manera podía ayudar. Iba tan concentrada en sus pensamientos que no se dio ni cuenta que se encontraba, no sólo cerca de las tierras blancas y heladas, sino dentro de ellas; en su mismo corazón.

Un frío intenso le recorrió todo su cuerpo. La nieve y el hielo lo cubrían todo a su alrededor; pero era extraño; no se oían gritos horribles; no se oían lamentos; a decir verdad, no se oía nada de nada. Todo era silencio hasta que, de repente, escuchó que algo se movía detrás de unas grandes piedras.



—¿Quién hay ahí? —preguntó un poco asustada. Pero nadie respondió.

—¿Hay alguien ahí? —repitió con voz más decidida—. ¡Que salga ahora mismo! —dijo esta vez con voz más temblorosa.

Detrás de aquella roca, blanca, alta y nevada, asomó su pequeña cabeza un pequeño duende; con su pequeño